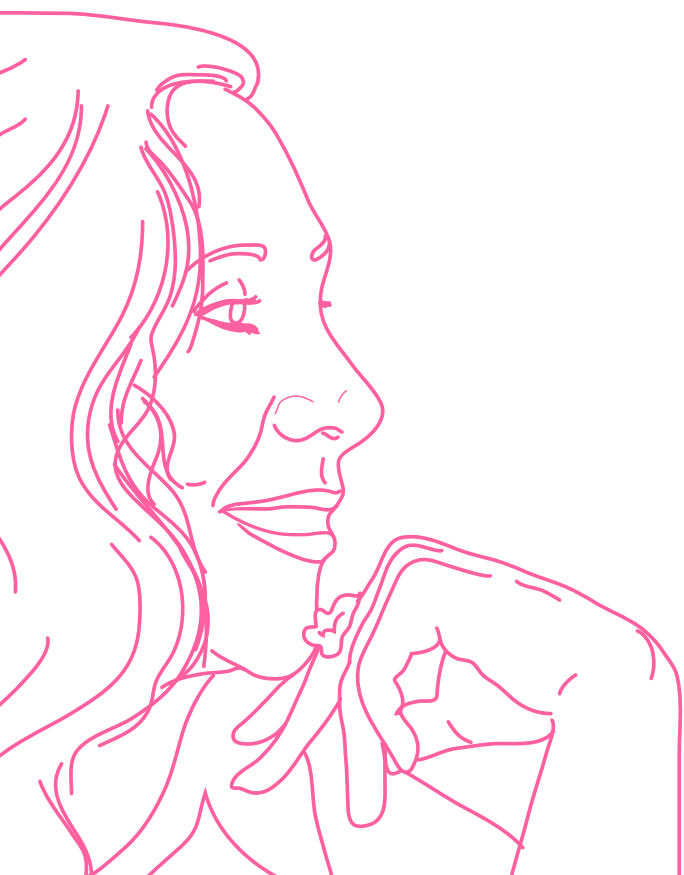


PREMIO NACIONAL DE LITERATURA STEFANIA MOSCA 2018

Indira Carpio Olivo

Frutos *extraños*



Stefania
Mosca



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Frutos extraños. IX Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca 2018

IX PREMIO NACIONAL DE LITERATURA STEFANIA MOSCA 2018

INDIRA CARPIO OLIVO

Frutos
extraños



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Colección Stefania Mosca. Poesía
© Fundación para la Cultura y las Artes, 2019

Frutos extraños

© Indira Carpio Olivo

Al cuidado de: HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.
Corrección: LEONARDO A. PERDOMO V.
Ilustración de portada: CÉSAR A. MATA
Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.


Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: DC2019000929
ISBN: 978-980-253-738-9

FUNDARTE. Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses,
Piso Mezzanina 1, Urb. Santa Teresa
Zona Postal 1010 Distrito Capital, Caracas-Venezuela
Teléfonos: 0212-541-70-77 / 0212-542-45-54
Correo electrónico: fundarteeditorial@gmail.com
Gerencia de Publicaciones y Ediciones


VEREDICTO
IX PREMIO NACIONAL DE LITERATURA
STEFANIA MOSCA 2018 – MENCIÓN POESÍA
FUNDARTE. ALCALDÍA DE CARACAS.

Nosotros, Yanuva León Guzmán, Dannybal Reyes y Ernesto Román, cédulas de identidad 15.662.743, 13.352.620 y 7.742.945, respectivamente; miembros del Jurado de la 9^{na} edición del Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca, Mención Poesía, luego de valorar detenidamente los 42 trabajos que nos enviara el Comité Organizador, hemos convenido premiar por unanimidad el poemario que tiene por título *Frutos extraños*, presentado bajo el seudónimo Amalia Rosa, porque trasluce un meticuloso tratamiento del lenguaje que hace de la cotidianidad y la sencillez valores estéticos de alto vuelo. La obra desarrolla el devenir emotivo de una mujer y su difícil relación con el mundo. Cada poema muestra fragmentos de historias que develan personajes complejos (madre, hija, marido), modelados con admirable destreza. La experiencia del yo poético es tejida tanto en verso como en prosa. La autora recurre a estrategias propias del discurso dramático, del cuento breve y de la novela sin abandonar nunca la poesía, hilo que urde las partes y da consistencia formal indiscutible al todo.

Abierta la plica constatamos que la ganadora es Indira Carpio Olivo, C.I. 16.356.484.



Yanuva León Guzmán
V-15.662.754



Dannybal Reyes
V-13.352.620



Ernesto Román
V-7.742.945

Caracas, 25 de julio de 2018

*A mi abuela, Amalia Rosa
A mi madre y mis hijas
Al hombre que me alza en vuelo*

*A las mujeres de adentro
por inspirar y exhalar(me).
A las de afuera: ninguna está afuera del círculo.*

Gisela

Hay poetas que necesitan sufrir
Gisela
quizá sufrir les dé vida
quizá la flor deja de ser flor cuando muere

Estoy yerma
Gisela
no siento
estoy en blanco
para sentir
Y soy bella
bella en vacío
sabana con cielo de paraulatas

Viene el enfermero
volverá sobre mi brazo a sembrar la tierra
me convierto en polvo
me acostumbro
con variable facilidad
a ser transparente
hasta hacerme sólida

Ella no viene
porque a las hijas
la vida las embebe
y a ella
no le gusta mancharse las manos

Es blanquísima
de cabellos negros
desentraña de mí
alimento y coraje
me tiende sobre el asfalto

bajo el mentón del sol
se ausenta
vuelve
maúlla sobre la cornisa
metaboliza mis huesos
se va

Hay poetas que necesitan morir

Gisela

tú que te deje de cargar
yo que se agigante la ventana
(la apunta con los labios)
y la luz me rompa las venas
Antes quisiera volver a verla
¿me la vuelves a mostrar?

(Gisela saca la foto

la ve

se ve

pequeña luz

se agiganta)

El corazón

Gisela

víscera
sobre la mesa del carnicero
sucía
aun así se come

prefiero las manos
Deseo tocar todo antes de pensarlo
«la brevedad de la vida nos hace malos»
dijo el maestro
Le creo

Gisela me voy a mear encima.

La recuerdo entre otros olvidos

a ella a la muerte

no sé cómo olvidar que moriré

(Gisela busca en el estante

Al volverla cara

gotea orina entre las sábanas

Cada vez más ambarino

olor a carne descompuesta)

Perdona

Gisela

hiedo a muerte.

Agua

Sostenlo
que no se derrita
*(Están en el jardín
trae un bloque de hielo envuelto en tela
la niña lo acuna)*

Gisela
cuando se acaba la cama
el amor es el amor
se nos ha enseñado a cuidar el fuego
quién cuida el deshielo
No creas en la muerte
a los muertos les gusta volver
sobre los cuerpos tendidos
olerse las manos después
El fuego alumbra
quema
El hielo cuenta la historia
lo guarda todo

Gisela
el agua está antes de nosotros
estará cuando marchemos
*(la historia resbala
sobre la ropa
de la niña
penetra las telas
congela)*
día oscuro
sin sol
somos agua
hacia las nubes

Gisela
la muerte nos hace dioses cuando volvemos
¿Quién habla mal de los muertos?

a los muertos les gusta volver

No tienes nada

y lo tienes todo

el cielo se deshace

(Gisela observa la ceiba

no siente las manos

empieza a llover)

Déjate caer

hay espacios

por donde se cuele otra vida.

Aire

No lo tome a mal
la solidez de su tierra es relativa
el alma en la transparencia del aire
es más densa

(Lee el fragmento de una carta)

No puedo hablar del alma
tardé en descubrir que no tenía una
sino dos y todas
son pesadas
pueden ser ciegas
se burlan
me abandonan
las vomito
vuelven a mí

(Rodea una silla

está en la sala

la niña la mira)

Mis ojos regresan al cuerpo
puedo mirar
estar donde no miro

(Se detiene

vuelve al texto

lee)

La sangre fluye
el aire es sombra.

No me lo tome a mal
en su opacidad respiro
aunque me han raspado su marca
hasta borrarla
mis almas no saben de tiempo.

En el reencuentro un sol encarna

(Se detiene

piensa

continúa)

Dónde se encuentra sino entre mis almas
desnudo de sí
de todos.

De qué transparencia está hecho el mar
cuántas manos tiene.

Una transparencia nos escupió

Gisela

henos en el círculo
carne y hueso como el infierno

*(Se dispone a escribir
se sienta*

*coge el lápiz
suelta una idea que no escribirá)*

Al entrar a casa

algo nos sucedía

*(Cierra los ojos
delinea sus cejas con el índice
abre los ojos
escribe)*

Su alma navega

en las plumas de aquel pato

el lenguaje creó el alma y el pato

¿el alma atraviesa la luz

o la luz escinde el aire?

A qué ley obedece el alma

Los científicos lo aseguran

el alma está entubada en el cerebro

no halla lugar en la muerte.

La madera la quebranta el hacha

el muro los alacranes

el río la sangre de la pitahaya.

No me lo tome a mal

yo creo que ciertas almas

mueren en cuerpos como el suyo.

No puedo hablar de almas.

Su nombre se acaba sin decirlo

(Lo escribe en el aire

susurra

deletrea)

No tiene alma

la roba

la mata

su cáscara no acepta consistencia

es el Partido

secciona la idea

globo

aire

saliva

a punto de estallar su alma

(Asoma por la ventana

trata de regresar

la niña se ha ido)

Agujas de pinos intentan penetrar el cristal

se apilan sobre la cornisa

tienen el ímpetu de lo que vuelve

Gisela lo espera

(Comprueba que la niña no espíe

fija otra vez su mirada sobre el papel)

A veces lo siente llegar

espera en el sofá.

Si vuelve no traiga muñecas

traiga una armónica

le gusta como a usted mezclar aire con saliva.

Es alta

su cabeza me llega a las tetas

su edad a la cintura.

Apenas me alcanzó para una armónica china

ha aprendido a chiflar

debo disimular la arcada

cuando me ofrece peine y lengüetas.

Dígame

hombre

¿usted ya murió?

¿qué hace colgado su nombre de la punta de aquel fusil?

Un día Gisela golpeó a otra niña. Recordé las veces que me han golpeado y devolví el manotazo. Me miró desconcertada. No era la primera vez que yo la golpeaba. Pero sí la primera fuera de nuestro cuarto. Cuando pequeña, muy pequeña, Gisela se escaldaba entre las piernas. Era mi piel en la suya. No sanaba. Su llanto me aturdía. Le di una nalgada. (*Lo dice en voz baja, casi susurra*). Después prometí no golpearla y aunque no lo hago con frecuencia, no he cumplido. Crecerá. ¿Me matará mientras duermo? No soy víctima, soy madre. ¿Hay algo peor que ser madre? (*Baja la cabeza*). La memoria es nube de polvo, efeméride, madre sola. A Gisela le gusta la música. A mí el silencio, oír lo que cae, el filo de los recuerdos que corta el aire y se hace mierda, el pasado de la niña. La niña sola que me mantiene bajo mi nombre.

Venus roja

Lleva el nombre de su abuela, mi madre, la que predijo que yo no sería buena. Como ella, la niña no llora. Inventa y desafía. Esta tarde ha traído el dibujo de un caballo verde. Lo sostengo en la puerta de la nevera con un imán. La vieja celebra su argucia y ella se deja celebrar. Sabe que los caballos no son verdes, igual que no hay magia en el magnetismo: dos cuerpos que se atraen y se separan por una fuerza mayor. El caballo verde es un *affaire* que desgarró por las mañanas para prender la estufa. ¿Tendré que explicarle que el fuego arde y se apaga? La séptima noche escuché llorar al caballo. Su calor encendió el corazón de la bromelia. Allí las dos Giselas amarradas a una lágrima, contemplaban el nacimiento de la Venus roja. Yo, la muerte del caballo verde. La noche nos vela.

Mamá

estás en lo cierto
no sé llevar el jardín
me gusta correr sin sostén
no tengo instinto materno
Todo lo dejo en tus manos
para que lo hagas como quieras
para que me salves como quieras
para que el corpiño te sostenga
y huela a lavanda aunque sudes
y tu ropa sea siempre blanca
y la mía esté en la mugre
No sé lavar
no quiero peinarme
No me borres el lunar de la boca
me gustan los lunares de puta
las posiciones de puta
Perdón
hablo como una puta
Maldije a mi hija con tu nombre
Te maté mamá
para poder ser tú

Desde que mamá murió, Gisela que no lloraba, tampoco sonríe. Deambula de las ventanas al sofá. Es metódica, se impone horarios. En la mañana asiste al colegio. Según la maestra no habla. No recoge el merey con los otros niños. En casa no sale del cuarto hasta el almuerzo. Después sigue su ritual de la ventana al sofá. La vigilo en silencio. Temo preguntarle, interrumpir, quebrar su impavidez, desmoronarla. Me pregunta si algún día volverá la abuela. Es menuda mi hija. Estoy segura de que si cae, muero yo primero.

Hoy es noche de feria. Los niños hacen fila mientras los padres compramos boletos. A Gisela le gusta el carrusel y del carrusel el cisne, pájaro de plástico atravesado por un asiento y un tubo. Mamá la traía los viernes. De ella heredamos la casa, el tiovivo, las luces de colores en los ojos de Gisela. Sus ojos, los de mi hija, me llevan al lugar donde verdaderamente está, me obligan a permanecer en ella. Una niña quiso sentarse a su lado, Gisela le hizo espacio. En cada giro la niña saluda a sus padres. Yo alzo la mano para saludar a Gisela, en la última vuelta me mira, veo en sus ojos al padre a punto de regresar.

La última vez que Gisela lo vio, estaba tendida sobre el cuerpo muerto de mi madre. Fue el único que pudo separarlas. Le habló al oído y después de unos minutos la niña abrió los ojos. No podía creerlo, veía a su padre después de mucho tiempo.

Poco antes mi madre había empeorado y Gisela se negaba a aceptar que estaría por última vez con su abuela. Durante el último aliento la niña había estrellado la bromelia contra el piso. Moría así la Venus roja y volvía el caballo verde.

Tierra

Mi madre me pidió que la enterrara en la pata del semeruco, donde Gisela pudiera comérsela. (*Se acomoda un nido de cabellos blancos sobre la frente*). Nunca me desvanecí tan pronto. Nunca estuve tan sola. Gisela no ha vuelto a la sombra del árbol. Crece y se hace frondosa. El mes pasado los semerucos le reventaron en el vientre. Te hubiese gustado frotarla con aceite, mamá. A ella, que estuvieras para contener la naturaleza irremediable de hacerse mujer. Gisela es la fruta del paraíso, roja, cuando llueve se deslíe en puntos concéntricos sobre la tierra. Aquel pájaro la mastica y se la lleva en el buche. La tira en la mesa sobre el mar y enciende el cielo.

Tenía que irse. Era temprano para mí, tarde para Gisela. En la maleta llevó cuerpos secos de semeruco, una foto de la abuela y ciento once cartas para su padre. Aún la luna se aferraba a las cortinas cuando se fue.

Todo cuanto ordené para su marcha permanecería junto a la cama: una manta que había tejido antes de que naciera, un par de mangos de mayo, una botella con agua.

Me había dormido detrás de la puerta. Al amanecer el sol penetró la madera y anidó sobre mi espalda.

Gisela se había ido por la ventana. Ya sabía caer.

Parí a Gisela sobre la cama. Quien quiera comer de nosotras no encontrará mejor plato. Allí las frutas nacen, caen, manchan. Sobre la cama la casa se alza y muere. En ella una Venus y un caballo me sostuvieron, encima recrudeció la vida. Ay de aquellos sin piedad que habiendo asistido al nacimiento condenan la paz. Mi madre y el padre de la niña cogieron sobre esa cama. Los periódicos vocearon la guerra. Las calles se agrietaron. En el culo de mi madre aleteó una mariposa. Debajo de la guerra los diarios anunciaban la escisión del gobierno y al lado una receta para hacer crecer el cabello. Madre, gobierno, diario, caballo, cabello, tienen cama, no moral.

La niña es de ojos profundos. Lo ha visto todo. Resplandece.

Esa mañana no se oía nada. Di teta a la niña y la puse en la cama. Fui donde mi madre. Afuera había una trampa para tortolitas y comí del cebo. Ellas se quedaron adentro durante un año. Yo aprendí a respirar sin ellas, a comer de las carnadas. Él volvió en una roca cuando me fui. Se mantuvo hasta que la niña pudo sostenerse en sus propias piernas y encaramarse en su lomo. Allí la palabra descubrió a Gisela, pero la niña no supo entonarla. Los ojos le habían brotado en las manos y se abrían a las seis como la albahaca turca en el balcón. Mi cama, donde todo nacía, no fue tocada.

Aprendí a cazar hormigas. Fui colmena hasta que bebí leche de un marido portugués, en Costa da Morte. Las abejas iniciaron el retorno. Yo también. Nunca más usé pantalones. La leche corría entre mis piernas y lo fecundaba todo. Me hice morena. Un halo de sol recorría mi cabello incluso en la oscuridad.

Cuando volví Gisela estaba sentada en las escaleras de la entrada. Supo que me acercaba. Entró a la casa. Abrió la ventana y asomó media sonrisa.

Dijo sus primeras palabras: «me toca».

Gisela

busca
sin decir
bajo el mango
inundada
muñeca flotante
Su padre besaba a la abuela
Su madre escapaba por los rincones
Se secará
fruta al sol
El mar
volverá
a sus antiguas orillas
La marca en la pared
ley de los recuerdos que no cambian
ley de lo existente
Olvidó las muñecas
se coronó con hilachas de mango
Se apretó toda
en boca
Señora
en silencio
fauces de niña
la cueva
El poema incendió el camino

Piedras

Gisela
cuando sonríes
no hay encajes
ni arrumacos maternos
la tragedia encuentra alba
cielo violáceo
bruma a las rodillas
En la foto
los ancestros muertos abren los ojos
dos minúsculas ramas
sostienen los párpados
Cuando sonríes nuestros muertos sonríen
¿No será esta tierra el cielo de otra vida?
Te parió una bestia nómada
que nació de una vieja zorra roja
qué destino te quiere
a ti a quien la palabra dejó sola
joven
y verde
fábrica de jaulas
los pájaros te abandonan
Gisela
nos robaron las mentiras
a cambio
nos dejaron racimos de piedras

Por las tardes penetro la entrepierna de una silla sobre la que está echado un viejo. De piel color pega-pega, ámbar, *cobrizo*. Sabe los secretos que esconden las trinitarias y el calor. Oriente hace peso en sus ojos. Está sentado, segundo piso, casa de bloques desnudos. A las estructuras metálicas de las ventanas llegó primero el viento, que lo descubre contemplando el óxido, comiendo del hierro, *a la naturaleza tragarse la materia*. No saluda y si acaso da paso. Dicen que es mi padre. Nunca voy a saber. A Gisela dirigió la mirada. Busqué su nombre pero no quise encontrarlo. Huésped al que no invité.

A Gisela molestaba que dejara crecer mis uñas. Cuando la bañaba me traía un poco de su piel (*arruga la cara*). Para dormirse empujaba uñas contra palmas. Estaba convencida de que el sol contenía volcanes de sangre y ella podía ser transfundida por la estrella. A Gisela gustaba arrancarse conchas, ampollas, película que se forma después de venir del mar. Comía un poco y acumulaba. Disfrutaba cuando se traía un buen pedazo de transparencia de la espalda. Rompía y guardaba en frascos de vidrio bajo la mesa de noche. Tenía piel almacenada desde pequeña. Algún día la amasaría con barro. Se daría forma. Quería replicarse al sol, volverse *papelito*.

Café

Llegó tío. Hombre, dos metros de altura, desgarbado, moreno tarde, barba tupida, más canas que cuando pequeña.

Me preguntó por su hija, Gabriela. Recuerdo aquella vez.

Mari, ella y yo jugábamos bajo las faldas de abuela. Correteábamos el pasillo de los cuartos. Mi tío decidió perseguirnos. Al principio reíamos. Nos escurriamos jabón entre las manos. En sus ojos encendía la casa. Sentí su aliento pestilente sobre la nuca. Mari y yo logramos huir. Gabi desde entonces estuvo secuestrada. La tomó por la cintura. Manos y pies se batían en contra hasta aferrarse del marco de la puerta. No sé por qué nunca gritamos, por qué no dijimos a abuela. No nos hubiese creído.

Hacía mucho tía se había ido, porque su hermano (mi tío de dos metros) la despertó una noche, sobre ella. Le besaba las tetas. Mi tía, tan blanca, piedra de mármol pentélico. Desde entonces, cualquier leche suya subió a las nubes y se devolvió agria. No quiso hombre, no quiso hijos. Fue amarga hasta que tío murió. Esta tarde él ha llegado. Gisela no necesitó mucho para odiarlo. Apenas puso los pies sobre la alfombra de la entrada la niña dejó caer la maceta sobre aquel depredador venido a menos. Él limpió, tierra, sangre, miró al cielo de casa, sonrió. El golpe llegaba con treinta años de mora.

Yo hacía café. La primera vez que hice café lo hice para él. Cogí agua del grifo, café molido, mezclé. Tenía siete años y ya había raptado a mi prima, su hija. Me dijo que era el mejor café que había tomado.

En el agua del café de la tarde he hervido pedazos de perejil.

Él bebería, mentiría como siempre, diría que estaba vivo.

Gisela,
dejé de escribir
No sé qué tamaño
tiene el tiempo
He vuelto
a cosas sin importancia
Hubo una vez
que no sabía que estaba viva
¿Acaso cuando se sabe
se puede hacer algo al respecto?
No sabía
hasta que me repriminaste:
 «¿para qué estás viva?»
No supe responder a la urgencia
Entonces
me hago esa pregunta
cada vez que despierto
La ausencia
me hace marear
Nunca tenemos todo resuelto
La inercia trabaja la gravedad
No pedí estar viva tampoco tú
pero hay árboles inevitables
Hubo una vez que
no sabía que escribía y escribía
Una vez
estuviste viva

Volver
es más difícil que irse
No como dicen que
son los renacimientos
en los que una olvida
y se recuerda nebulosa
cinematográfica:
ahora o ayer
Ajena
y una misma
a la vez
Mujer dentro de otra
Dos
tres
que viven
en diferentes tiempos
la misma vida
No sé si es posible
No me conformo
con esta exhalación
Amamanto el regreso
Todavía no sabe decir
Sus ojos
crecen ramaje
en la condena
Volver
podría ser
adornar la muerte (*hace un gesto*)

Los cuerpos muertos de las cerezas de monte son esqueletos de su jugo. Cada uno de sus granos forman laberinto para que la carne cuelgue. Gisela gusta coleccionar la circunferencia y sus partes. Junta cuerpos bajo la almohada. Guarda a pesar de las hormigas: estructuras deshechas, polvo, arena oscura. Los finales traicionan su deseo de guardar todo. La saliva corroe la fruta. No tiene edad para entender. No existe taxidermia que conserve los huesos de abuela: animal que aprendió a guindar, roja, redonda, del árbol.

Frutos extraños

historia del árbol
de frutos extraños
del pájaro
que come del árbol
de las manos del árbol
del corazón del árbol

historia del árbol
del que la lluvia chupa
una amarga sustancia rubia
árbol con hojas de sangre
raíces de sangre
ojos de sangre

círculos de antiguas manos
que dibujaron el cielo
Hay cielo en el árbol
de frutos extraños

Me tumbo en su sombra
observo la brisa
que penetra su techo
silba la canción
de los condenados a la vida

Buitres

Escúchalos
No tienen qué decir
y la nada también emite sonidos
Son vientos de enero
fríos
remotos
No son transparentes,
Gisela
Aprende a diferenciar
brisa de tormenta
la sangre de los otros
Hay suelo que se convierte en laguna
lagunas que se tragan almas
Ve, cuéntales cualquier cosa
Diles que estoy enferma
Rellena con palabras su vacío (*baja la cabeza*)
Gustarán saber que estoy muriendo
que esto es un absurdo
Dirán que estoy loca
Tendrán razón
Sálvate de escuchar
Hay poetas que necesitan sufrir
Gisela
Puedo ser excusa para su tormento
Soy feliz
moribunda y feliz
aunque me mee
(*Gisela se incorpora, le da la espalda, y antes de que se marche...*)
Ahora ve
abre la ventana
Uno
está velando el final

Los buitres no matan. Comen carne de circunstancias muertas. En Litang son sagrados, se les ofrenda el cuerpo del pueblo en desenlace. El sacerdote descuartiza los despojos. Los pájaros se llevan grandes trozos al cielo. El hombre machaca huesos, los mezcla con harinas. Los buitres hacen el trabajo final.

Tierras del Tíbet, suelo duro, leña escasa, ni entierro, ni lumbre.

En la torre del silencio lo peor que puede pasar es que los buitres no se coman el cuerpo muerto.

Hay un buitre que espera dejarme intacta en la maldita cama de este hospital.

Cenizas

palabra
códigos muertos
palabra
espejo roto
de reacciones químicas
del pensamiento y su densidad
No confíes en palabras
ni propias ni ajenas,
 Gisela (*no me mira*)
Una palabra acrisola mediocridad
No ordena el alma
Nos hace menos primitivos pero no más hermosos
Una palabra bautiza pero no endiosa
Yerra
Mi cuerpo
palabra cuerpo
La palabra es cuerpo
su sentido espíritu
Camello
que entra por ojo de aguja
no el mesías
La crucifican palabra
muere parábola

La palabra
como el aire

está ahí

Pero
no todo el mundo
sabe
respirar

Cuando muchacha tuve la idea de que toda tierra era roja. Ahora pensaba en ello. Poco después de mediodía aquel día, cuando mamá cocinaba, el aroma de los ajos rehogados llegaba hasta el patio. Yo jugaba sobre la arcilla y me cubría de rojo. En el patio el amor era más rápido. En el patio el amor era rojo. Y entonces miré al vecino. El vecino me miraba. Nos envolvía el aroma de los aliños en aceite. Él me encajó el pan hasta que sus jugos se deshicieron. Y lo presencié. La tierra se agrietó y me corrió de entre las piernas una savia roja. El vecino huyó y a mí no se me ocurrió sino oler la sangre y probar su óxido. La arcilla está compuesta de flores inaugurales.

Gisela, cuando caíste se partieron otras semillas y no hubo suelo que recibiera. Empujé contra el centro. Salimos de eje. Nacimos el día después. No hemos vuelto a los calendarios. Gustabas decir que eras una cereza porque cuando chocaste ya había sangre. Te recibió el piso en sangre. Naciste con los ojos abiertos. Nunca lloraste. Me miraste (*me miras*) y reconociste el calor. Al mismo tiempo alas y cautiverio. Nunca pesó tanto dios como cuando me acariciaste e imploraste vida. Hubo entradas pero no salidas. Tú multiplicaste el silencio e interrumpías el vacío. Dijiste que lo que entra en mi boca muere. Desde entonces trato de masticarme.

En una cosa
mi madre era insistente
No hay que quitar del todo
la mugre del caldero
En una cosa
yo era insistente
Lustraba raspaba hasta vaciar
las paredes de la olla
Me empecina
el futuro
Es neblinoso
el pasado
No se friega
la niebla
Si no se deja un poco
lo de ayer
se pega la comida
se desbarata el pescado
se deshace la carne
Se adueña la olla
dueña
La sabiduría
consiste en medir
qué
se deja
qué
se va

Al morir olvidamos
el nombre de los propios huesos
Los huesos cuentan
la historia de la sangre
la historia de la piedra
del sol
Hay hierro
en la sangre
calcio en los huesos
materia celeste en la humanidad
Los huesos son los árboles del cuerpo
fronda la palabra
a orilla del océano cósmico
Una vez fui polvo
y la raíz
chupó
del viento

Así como en lluvia
el agua desviste la tierra
yo daba teta a Gisela
desnuda
Mi leche caía
fecundaba los surcos
Todo nacía en sol
todo moría en luna
La lluvia desgastaba la piedra
no se escuchaba sino
el siseo de los golpes de agua
Aguas de arriba
aguas de abajo
y en medio
poema
silencio
carne en péndulo
tela al viento
que atraviesa la ventana
mi bandera

Gisela
arrancaré mi corazón del semeruco
para que siga siendo
mi enemigo
arderán sus hilos de sangre
y ya no serán rojos mis frutos

Amé muchos ríos
las aguas sexuales de los hombres
piedras nubosas
ligeras
la corriente borbotante
Palabra hizo casa en mi casa
me amaron y hubo cielo
cuando me amaron
*(Al principio no había cielo
y se esbozó curvo
el paladar)*
Amé el calor de orilla
la mujer que fui
en su lecho en su leche
piel de río
intercalado claro y umbría
No tenía madre
no era madre
era poza profunda
donde gustaban ahogarse
los hombres
Apenas calcificaba
mi corazón cantil

Muy pronto
t o d a s
las casas
estarán habitadas
por las almas de sus antiguos caseros
¿Puede alguien vivir
donde otro

río
lloró
hizo el amor
trató de morir
murió

dejó la grieta de su peso?

La casa es el cuerpo

La casa es la madre

La casa es

sobre todo
me-
moria

La mañana

debe desbaratar los recuerdos

Cuando muera

morirá mi casa

Mamá regresa de noche
sin orejas
sin lengua
sin manos
mece a Gisela

la niña reconoce el olor
viento tibio
aliento
se deja soplar
se cierra
emite un sonido inaudible
el aire lo arrastra
sus ojos de arena
deseca

Después de que Gisela se fuera
también me fui
La casa quedó sola
Puedo verla si cierro los ojos
 las cortinas bailan
 céfiro pasa sin permiso
 el cielo de casa acumula masas de agua
 lluvia de domingo
 la hiedra ha roto muros
Mamá muerta permanece en el sofá
le ha crecido cabello
cabello y raíces se confunden en el barro
El agua sobrepasa a mamá
mamá y agua esperan
que abra la puerta
Yo abro los ojos

La soledad
habla la lengua de las hijas en exilio
No parí a Gisela para que se quedara
es filamento de paja
silbo
para que alee
se haga hueso
en mi canto
Gisela,
en cambio
no habla
pero sabe volar

dicen que
Gisela transparente
no existe
que hablo
s
o
l
a
dicen que
la niña murió en aquella cama
el día que mamá la recibió
dicen que
su padre al verla
pequeña morada ojos abiertos
se fue del cuarto
nunca de su cara
dicen que
ninguno escapó aquel día
que la abuela dejó de respirar
hasta encontrarla

Hoy
el azulejo me cuenta que
murió el caballo verde
He vuelto a la habitación
y ahí están
la Venus roja
la niña
el hombre
me guardan

ahí están
en el cuarto
muecas desmenuzadas

sombra húmeda

íncubo

Nadie sabe

qué transparencia edifica la casa

Me he comido a mis muertos
eso creo
Nunca es fácil decidir el pasado

El cuarto es de barro
y llueve

(oculta una piedra entre las manos)

En la mesa gotas rebosan la taza de café
una vela se desintegra sobre otra vela
«enlaguna» el agua caída

Gisela,

(esta vez no mira a nadie, aprieta la piedra)

soy pan
y sangre
come
bebe

porque en mi cielo nada es perpetuo

(tira la piedra, levanta la mirada)

La sustancia me apropia
escribo como constancia
de que
no he muerto
Deseo comerlo todo antes de pensarlo

no es grande planeta el miedo
vacío de cielo
compacto sol
me enseñó a curar llagas con sodio

no es grande planeta el miedo
de la casa al camino
de la costa al platanal
de la mano a la boca

no es grande planeta el miedo
cocina de tierra
fruta de carne arcillosa
flores de vientre seco

no es grande planeta el miedo
mujer
que la piel desmigaja
con paciencia
criatura de piedra
sola

no es grande planeta el miedo
cintura del mundo
sanatorio de balcón viejo
demonio que orbita
la circunferencia de la maternidad

levanté el lino
me advertí bestia
noche hermética
madre
mujer nunca más
adentro
la sangre no se muere
afuera
tampoco la piel puede contener la flema
soy madre
 mala madre

ahora
ningún esqueleto se hace adentro
ninguna boca besa mi leche
no hay niña
 ninguna madre

crecieron los muebles bajo el sol
los ríos revivieron
hubo
a pesar de mi dolor
vida

entonces
dibujé nuestra casa
le puse nombre
 Gisela,
tu nombre
menos las mujeres
otras criaturas han aprendido a hablar
ocultando su lenguaje
conozco bien los brotes que no llegan a frutos
te conozco

Gisela,
odio el hospital
He sabido vivir con la muerte
la muerte
quebranta si me voy
entonces
me deja imaginar
parecer omnipotente
He pensado lanzarme por la ventana
pero en este cuarto
vuelas tú
Me preocupa el hedor
al fundirme con el cemento
Mamá me enseñó a no estorbar
En la mañana ha venido, mamá
y su olor a flores inaugurales
(se cubre la nariz)

Se llevó el pato
depositó el orine en el inodoro
Cayeron por la tubería mis últimas aguas
Le he pedido que no vuelva
te pido que vayas con ella
Mi maniobra consiste en morir de desierto
fruta evaporada
He sido un accidente
nadie calcula qué edad tengo
ni mi nombre
yo no recuerdo

La muerte me bautizó

Amalia Rosa

Índice

Gisela	11
Agua	14
Aire.....	16
<i>Un día Gisela golpeó a otra niña.../</i>	19
Venus roja	20
<i>Mamá estás en lo cierto.../</i>	21
<i>Desde que mamá murió.../</i>	22
<i>Hoy es noche de feria.../</i>	23
<i>La última vez que Gisela lo vio.../</i>	24
Tierra	25
<i>Tenía que irse.../</i>	26
<i>Parí a Gisela sobre la cama.../</i>	27
<i>Esa mañana no se oía nada.../</i>	28
<i>Gisela busca sin decir.../</i>	29
Piedras	30
<i>Por las tardes penetro la entrepierna.../</i>	31
<i>A Gisela molestaba.../</i>	32
Café	33
<i>Gisela, dejé de escribir.../</i>	34
<i>Volver es más difícil.../</i>	35
<i>Los cuerpos muertos.../</i>	36
Frutos extraños	37

Buitres	38
<i>Los buitres no matan.../</i>	39
Cenizas	40
<i>La palabra como el aire.../</i>	41
<i>Cuando muchacha tuve la idea.../</i>	42
<i>Gisela, cuando caíste.../</i>	43
<i>En una cosa mi madre era insistente.../</i>	44
<i>Al morir olvidamos el nombre.../</i>	45
<i>Así como en lluvia.../</i>	46
<i>Gisela arrancaré mi corazón.../</i>	47
<i>Amé muchos ríos.../</i>	48
<i>Muy pronto todas las casas.../</i>	49
<i>Gisela es un mapa.../</i>	50
<i>Mamá regresa de noche.../</i>	51
<i>Después de que Gisela se fuera.../</i>	52
<i>La soledad habla la lengua.../</i>	53
<i>Dicen que Gisela transparente.../</i>	54
<i>Me he comido a mis muertos.../</i>	56
<i>no es grande planeta el miedo.../</i>	57
<i>levanté el lino.../</i>	58
<i>ahora ningún esqueleto.../</i>	59
<i>Gisela, odio el hospital.../</i>	60

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres litográficos del
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes de julio de 2019
Caracas-Venezuela*

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA
STEFANIA MOSCA 2018
MENCIÓN POESÍA

En un hondo recorrido por el habitar de lo femenino y la casa surgen las palabras de las tantas mujeres que viven en Gisela, aquellas a las que casi podríamos darles el rostro de alguien que ya conocemos desde hace ya mucho tiempo. Cada hija, cada mujer, cada madre que va explorando su verso cobran un espacio dotado de cicatrices y de sensaciones que las unen a lo terreno. Su voz poética es una herida que va sanando con sal, que arde y purifica lo que somos o dejamos de ser. Bajo ese tránsito recurrimos a las historias que se quedan suspendidas en la memoria, que contienen una densa pulpa como la carne, una concha que se pela poco a poco, que nos dejan suspendidos en eso familiar que nos une a cada poema. Por eso en sencillo sentir que la vida y la muerte son el fruto más extraño que se puede saborear en la poesía de Indira Carpio.

INDIRA CARPIO OLIVO. Caracas. Distrito Capital, 1984. Periodista, escritora, guionista, productora y columnista de diversos medios impresos y digitales. Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Central de Venezuela. Por su trabajo en medios digitales obtuvo mención especial en el Premio Nacional de Periodismo 2016. Es autora de *Mujerícolas*, editado por la Fundación Editorial El Perro y la Rana en 2018, libro «transgenérico» que rompe los parámetros para fusionar crónica periodística, ensayo y poesía.

ISBN: 978-980-253-738-9

